



JUAN A. MATEOS.



JUAN A. MATEOS

En la prensa, en la tribuna, en el teatro, en el periodismo, en la leyenda, en el poema, en la poesía lírica, en todas partes, nos encontramos con Juan Mateos. ¡Vaya si ha sido trabajador!

Su nombre, como literato, es conocido en toda la República, y apenas habrá un rincón en nuestro país en que no haya penetrado alguna de sus obras.

Mateos tiene un talento claro, una imaginación ardiente, una facilidad extraordinaria para escribir, y es fecundo como una sardina y atrevido como el primero que comió zapote prieto; pero escribe mucho y lee poco. Es una planta que necesita poco riego, y toma su alimento de la atmósfera que le rodea.

Cuando comenzó á escribir versos, la mayor parte de los jóvenes que entonces se dedicaban á la literatura, eran

imitadores de Zorrilla: Zorrilla con su fecundidad, su entusiasmo patriótico y religioso, su poesía rica de imágenes fantásticas y su estilo apasionado, fué el modelo de toda esa generacion. Lo que Víctor Hugo debía ser veinte años despues, entre nuestros escritores, lo fué entonces Zorrilla, y Mateos, más fácil de impresionarse que la mayor parte de los que en ese tiempo comenzaban á escribir, dió á sus poesías el giro favorito de Zorrilla, imitando tambien todas sus incorrecciones.

Pero si habia alguno que pudiera ser el Zorrilla de nosotros, era indudablemente Juan Mateos, porque su carácter y sus aptitudes le llamaban á desempeñar el papel que entre los poetas españoles ha hecho el célebre autor de *Don Juan Tenorio*.

Mateos se dedicó á escribir para el teatro: sus dramas y sus comedias no han tenido el éxito que se debía esperar del talento del autor, porque Mateos estudia poco, muy poco; su genio puede algunas veces salvarle, pero es más fácil que le deje en la *estacada*.

Tiene Juan Mateos, como autor dramático y como novelista, el gran mérito de haber intentado crear la escena nacional: alguna vez se ha atrevido, más que á presentar en el teatro las costumbres de la clase alta de nuestra sociedad, á llevar á él á personajes escogidos entre los hombres del campo, exhibiendo en el palco escénico los tipos del guerrillero y del labrador.

El público recibió con aplausos esa novedad: induda-

blemente aquel hubiera sido el principio de una nueva era para nuestra escena, si por desgracia Juan no hubiera encontrado con un obstáculo que es casi insuperable, que hará abortar todas las tentativas que se hagan para formar un teatro nacional, y que nos obligará á no ver representadas más que comedias españolas ó dramas traducidos del frances.

Ese obstáculo, son las compañías dramáticas: generalmente hay muy pocos actores mexicanos, más bien por negligencia en el estudio del arte que por falta de aptitudes; y esos actores ó tienen que resignarse á forma parte de una compañía española, dirigida autocráticamente por un actor español, ó en el caso de que pretendan formar un grupo que alguno de ellos dirija, se ven obligados, por falta de elementos y de proteccion, á tomar en arrendamiento un teatro de tercer orden en la Capital, ó emprender la peregrinacion por los Estados, entrando modestamente en la esfera de *cómicos de la legua*.

Y como los actores españoles que á México llegan precedidos de gran fama, la mayor parte de las veces no nacida en Madrid ni en España, sino en las costas del Golfo y en las Redacciones de nuestros periódicos, ni tienen un alto concepto de las producciones dramáticas de los nietos de Moctezuma, ni tomarse quieren el trabajo de estudiar piezas nuevas, contentándose para salir del paso con lo que ya de antemano traen sabido, resulta que el pobre autor que pretende que se ponga en escena

alguna comedia suya, necesita más empeños, más influjo y trabajo más grande que si solicitara la Cartera de Hacienda ó la Administracion de la Aduana marítima de Veracruz.

Sólo aquellas compañías que no alcanzan á conseguir «buenas entradas» ni «casa llena», tienen el valor de aceptar esas comedias con las que esperan llamar la atencion y hacer su agosto; pero entónces sucede que, con un cuadro incompleto y con pocos recursos para «montar» la obra, la concurrencia, si acude, no se forma un buen concepto de la pieza, y aplauden tibiamente «el público en general y los amigos en particular.»

Mateos, luchando contra todos estos obstáculos, ha conseguido ver representadas sus obras y estar ya reconocido, entre nosotros, como autor dramático y á salvo de los escollos con que tropieza el poeta novel y desconocido.

Como novelista, Mateos ha logrado no sólo renombre sino provecho. Un literato en México vive con mucha dificultad de su pluma, porque si no alcanza un buen lugar en la Redaccion de un periódico, la publicacion de sus trabajos, aun cuando pueda conseguirla á costa de heroicos sacrificios, le produce pocas ganancias; y Mateos ha vendido bien todas sus obras, teniendo relativamente un extraordinario número de suscritores.

El *Sol de Mayo*, el *Cerro de las Campanas*, *Sacerdote y Caudillo* y *Los Insurgentes*, pertenecen á la novela histó-

rica; y no pocas veces, datos que en publicaciones serias relativas á la historia del país no pueden encontrarse, se hallan en algunas de las novelas de Mateos.

Para escribir cualquiera de ellas, ha sacudido su indolencia y ha buscado y encontrado la manera de referir los acontecimientos públicos más notables, enlazándolos con la ficcion del argumento de una manera fácil y natural.

El carácter y las costumbres de algunos de nuestros hombres distinguidos, están mejor pintados en los libros de Juan Mateos que en muchas de las biografias que de ellos se han escrito.

Juan es perezoso porque tiene facilidad para comprender y para escribir. En la tribuna, cuando no convence, alucina, ó por lo ménos agrada: tiene siempre una extraña novedad en sus frases y en sus giros y es difícil encontrarle un plagio porque no ha ido á beber la inspiracion á extraña fuente. Los hombres que han leído mucho, son plagiarios sin quererlo y sin comprenderlo; el que vuelve de apagar un incendio huele á humo, y él sin embargo juraria que no, aunque todos lo sientan á diez metros de distancia.

No diré que Juan Mateos sea un gran orador, porque un orador perfecto, ó al ménos con pocos defectos, que se acerque siquiera al modelo que de él nos presentan los maestros, ó al ideal que tenemos formado, seguramente es muy difícil encontrarle; pero orador en el sentido de meditar más ó ménos una cuestion, y ocupando

la tribuna expresarse con facilidad y casi con elegancia y hacer un discurso, sí puedo decir que Juan Mateos es orador.

Para mí, el hombre que trabaja en la tranquilidad de su gabinete una pieza literaria, que la pule, que la estudia, que la arregla con el mayor cuidado, teniendo tiempo y facilidad para consultar libros y maestros, que despues la aprende de memoria, la repite en alta voz delante de álguien que le corrija, como el niño que da una leccion en la escuela, que ensaya delante de un espejo los movimientos que debe hacer, y despues de todo este gran trabajo, en una asamblea ó en un concurso cualquiera, sube á la tribuna y pronuncia aquella oracion; para mí, repito, ese no es orador, será cuando más un escritor que tiene la paciencia de aprender de memoria sus mismas obras y repetirlas en voz alta escogiendo la oportunidad.

Si esto fuera ser orador, ¿qué escritor no lo seria? porque con mayor ó menor dificultad se aprenderia cuanto escribiese, ni serian necesarias tantas reglas y tanto trabajo para formar un orador, y ni habria motivo para distinguir al escritor del orador, si la línea de separacion consistia, no más, en que el uno enviase sus trabajos á la imprenta y el otro aprendiéndolos de memoria los publicara por medio de su voz.

No digo que yo tenga razon al asentar esto; pero no he encontrado cosa que me convenza de lo contrario, y como acostumbro, sobre todo para escribir, plantar mis

opiniones sin que me cause el menor cuidado lo que de mí juzguen, no vacilo en repetir que para mí, orador es el que estudia y medita detenidamente una cuestion sin preocuparse de llevar en la memoria más que la estructura de su discurso y no el detalle de las palabras: es orador, el que con el fondo de sus conocimientos y meditaciones, puede en un parlamento, en una asociacion científica ó en una reunion popular, hablar bien y hablar con acierto sin necesidad de que se le permita que vaya á su casa á estudiar cuatro ó cinco dias para contestar un discurso ó defender una proposicion de la que no tenia ántes conocimiento. El vulgo, y yo con él, llama á esos oradores que llevan un discurso estudiado y que son incapaces para la réplica improvisada, *pistolas de un tiro*.

Cuando se lee á Ciceron, y más que él á Quintiliano, y se recuerdan todas las reglas y todas las prescripciones que no sólo para la parte intelectual sino para el aspecto físico se encargan á los oradores, se convence uno, aun cuando esto que voy á decir parezca una herejía literaria, que aquellos hombres que en Grecia y en Roma se distinguian en la *Pnyx* y en el *Foro*, en la *Bêma* ó en la *rostra*, eran unos verdaderos cómicos que estudiaban la manera de peinar, de vestir, los movimientos más insignificantes y hasta la clase de joyas que debian llevar.

Sabido es que el gran orador romano tomaba lecciones de Rosio el cómico, para presentarse y perorar de una manera agradable, es decir, para hacer en el *Foro*, y

recitando composicion propia, lo que los cómicos hacen en la escena, declamando extrañas producciones.

Y no es un atrevimiento mio el decir esto, porque esos grandes maestros de la elocuencia están á cada paso señalando y llamando la atencion de los oradores sobre esa línea imperceptible que los separa de los cómicos y en cuyo lindero muchas veces no están de acuerdo algunos de ellos: « así, dice Quintiliano, golpearse la pierna « es un movimiento que Cleón fué el primero en intro- « ducir en Atenas; está hoy en uso entre nosotros y ex- « cita al auditorio á sentimientos de indignacion. Cice- « ron siente que este movimiento le faltara á Calidio: « *jamás, dice, se golpeaba la frente ni la pierna.* Respecto « á lo de la frente no estoy de acuerdo, y encuentro que « esto, batir las manos y golpearse el pecho, son cosas « que deben dejarse á los cómicos.»

Un poco más adelante dice: « Es permitido algunas « veces, apoyarse sobre el pié derecho, con tal que el cuer- « po no se incline mucho hácia adelante; porque ya esa « postura conviene más al cómico que al orador.»

Por fin, para no gastar mucho tiempo en citas, pondré esta última, tambien de Quintiliano: « Para marcar la « diferencia que debe existir con el cómico, el orador pro- « cure atender en sus gestos y movimientos más al sen- « tido que á las palabras, que aun esto observan los « ac- « tores » que conocen la dignidad en su arte.»

Es curiosa la comparacion que resulta de los consejos

y prescripciones de Quintiliano en sus *Instituciones oratorias*, con el movimiento de las manos y de los brazos que vemos hacer á nuestros oradores todos los dias.

No es fácil, ni quizá posible el cuidado de esos movimientos en nuestro tiempo y por nuestros hombres; pero no por eso deja de ser divertida la aplicacion de los antiguos preceptos.

Ciceron asienta que la gracia en los movimientos es la elocuencia del cuerpo. Quintiliano dice: « las manos « hablan; ¡qué variedad de expresiones! instar, prome- « ter, llamar, despedir, amenazar, suplicar, pintar el hor- « ror, el espanto, la alegría, el dolor, la duda, el conven- « cimiento, el arrepentimiento, las medidas, la cantidad, « los números y el tiempo, las manos bastan para todo. « ¿No excitan, no prohíben, no suplican, no aprueban, « no muestran la admiracion y la vergüenza? ¿no hacen « las veces de pronombres y de adverbios para designar « personas y lugares, y finalmente, en medio de esa pro- « digiosa diversidad de idiomas que hablan tantos pue- « blos diversos, ¿no forman las manos una especie de « lenguaje comun á todos los hombres? »

En verdad Quintiliano tiene razon; pero oigamos algunas de sus reglas y recordemos á algunos de nuestros hombres: « veamos, dice Quintiliano, de qué defec- « tos son susceptibles los movimientos de las manos. . . . « Yo he visto á un orador levantando las manos como pa- « ra sostener la techumbre. (¿Quién no conoce á Gui-